

MARC R. SOTO

MIRANDA GREY regresa en la
esperada continuación de
MALAS INFLUENCIAS

BUENAS

LOS VASTOS JARDINES SIN AURORA

INTENCIONES

«Tras una verdad incómoda se oculta siempre una verdad más oscura. La intención no importa, Miranda. El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones». Un cadáver desnudo a los pies de la estatua de El Ángel Caído. Una serie de macabros asesinatos cuya única relación es su contacto con los manuscritos inéditos de Norma Sellar y Miranda Grey. Una huida hacia delante por un Madrid lleno de secretos para escapar de la organización secreta que no se detendrá ante nada para proteger la oscura verdad que se escondía tras los negocios turbios de Daniel Urtice. Y Caliban. Barrio de las Letras, Madrid. Aquí es donde, compartiendo piso con una antigua amiga de la infancia, sobrevive Miranda García. Miranda García no quiere saber nada de asesinatos, investigaciones policiales ni secretos del pasado. Todo eso está muy bien para las novelas y las películas de sobremesa que ponen en televisión los sábados por la tarde, pero no para la vida real. Miranda García (por fin) empieza a ver la luz al final del túnel: ha terminado de escribir en un tiempo récord su nuevo libro, Buenas intenciones; Jesús ha logrado vender los derechos a una misteriosa editorial junto con los de Malas influencias, de Norma Segura; y Álex acaba de conseguir su traslado a Madrid. Podría decirse que Miranda García ha aprendido la lección. No quiere saber nada de lo que ocurrió en Punta de la Escalera hace un año y medio. Ha encerrado a Miranda Grey en lo más profundo de un cajón cerrado con llave y no tiene la menor intención de sacarla de allí. Sin embargo, los mensajes de un desconocido en el móvil, el cadáver de un hombre desnudo junto a la estatua de El Ángel Caído en el parque de El Retiro y una explosión están a punto de terminar con todo eso. Barrio de las Letras, Madrid. Aquí es donde, en un piso compartido, aguarda su turno Miranda Grey.

BUENAS INTENCIONES

Marc R. Soto

Todos los acontecimientos y personajes de este libro son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con acontecimientos reales no es más que una mera coincidencia.

*Para Marina.
Todo lo posible.
Todo lo imposible.*

La noche es más oscura justo antes del amanecer.

El Caballero Oscuro

PRÓLOGO

Un hombre desnudo

El hombre desnudo en la Habitación Carmesí conoce la naturaleza exacta del infierno: el cheque del corrupto, la excusa del infiel, las agujas en la vena del ciclista, las deudas en la cuenta del artista, la lista de llamadas al 016.

Pero el hombre desnudo hoy no está interesado en las perspectivas del infierno que resbalan por las paredes de la Habitación Carmesí. El hombre desnudo hoy, sentado en la posición del loto bajo el ventilador de techo, se limita a escuchar la voz grabada de una mujer, una mujer joven:

–Reconozco que no me ha dado tiempo a leerlo entero, pero lo que he leído me ha parecido muy interesante.

El hombre desnudo toma una bocanada del aire viciado, ardiente de la habitación y murmura un nombre y un apellido: «Miranda Grey».

–¿Por qué no vas al grano? –replica otra voz de mujer en la grabación, una voz rasgada por la nicotina–. ¿Cuánto quieres por él? Di una cifra.

«Norma Seller».

–¿Qué te hace pensar que quiero dinero?

–¿Entonces qué es lo que...? Por supuesto. Quieres que lo firmemos juntas. Es eso, ¿verdad?

El hombre desnudo dice:

–Retrocede diecinueve horas.

Una voz robótica responde:

–19 DE JUNIO DE 2018 01:20 AM. PUNTA DE LA ESCALERA ASTURIAS GRABACIÓN OBTENIDA DEL TELÉFONO MÓVIL DE MIRANDA GARCÍA FERNÁNDEZ.

–Reproduce.

–REPRODUCIENDO.

Una nueva voz de mujer, fría, profunda, con un fuerte acento del norte:

–*No me trates como si fuera estúpida. Sabes perfectamente que no saldrás viva de esta casa.*

«Carmen Argüeso», murmura el hombre. Toma aire. Lo suelta. Su piel reluce, empapada en sudor.

«Ya no es un problema».

El hombre desnudo escucha con gesto impasible el resto de la conversación. La ha escuchado cientos de veces. Conoce la naturaleza exacta del infierno.

Su trabajo es conocerlo.

–*Ese libro no debe publicarse jamás* –dice Carmen en la grabación.

–*Sería su ruina* –responde Miranda–. *Todo saldría a la luz...*

El hombre desnudo ha tenido ocasión de estudiar en detalle los informes del cuerpo de bomberos, de la compañía aseguradora, los expedientes policiales. Sabe lo que ocurrirá a continuación.

–Detente.

La grabación se detiene. Durante varios minutos, el hombre desnudo permanece en silencio. Sus músculos se tensan y se relajan: los tendones del cuello, los hombros, el pecho, el abdomen, los muslos.

Se tensan y se relajan.

Se tensan.

Y se relajan.

El hombre desnudo inclina la cabeza y ordena:

–Reproduce de nuevo, desde el punto 3,49 al 4,17.

–REPRODUCIENDO DE 3,49 A 4,17 19 DE JUNIO DE 2018 20:43 PM. SAN VICENTE DE LA BARQUERA CANTA-

*BRIA GRABACIÓN OBTENIDA DEL TELÉFONO MÓVIL DE
MIRANDA GARCÍA FERNÁNDEZ.*

*–Reconozco que no me ha dado tiempo a leerlo entero,
pero lo que he leído me ha parecido muy interesante.*

–FIN DE LA SELECCIÓN.

El hombre desnudo abre los ojos.

–Limpieza. Información MGF-2020. Desglose.

Por las paredes que lo rodean dejan de desfilar las líneas de código, las imágenes de cientos de cámaras de seguridad repartidas por el país, las ondas de audio, los fragmentos de correos electrónicos, los números que delimitan, definen y conforman el infierno de millones de personas.

Y prácticamente al instante, los cuatro proyectores ocultos en los vértices de la habitación vuelven a cubrirlas de contenido.

La grabación de una cámara de seguridad en una galería de tiro ocupa la pared completa frente al hombre desnudo. En escorzo, una mujer morena, delgada. Sostiene una Glock 17 cargada con munición de 9 milímetros en la postura isósceles moderna. Un hombre corrige la posición de sus manos en la empuñadura del arma. Bajo la imagen se puede leer:

AUDIO EXTRAÍDO DEL TELÉFONO MÓVIL DE MIRANDA
GARCÍA FERNÁNDEZ.

07 ENERO 2020.

17:23PM.

SINCRONIZACIÓN.

–Te has convertido en mi Rey Mago favorito, que lo sepas.

En el vídeo se ve cómo el hombre sacude los hombros al escuchar aquellas palabras. En el audio se oye su risa.

El hombre da un paso atrás y la mujer tira del gatillo. Todo su cuerpo se estremece. El resultado del disparo

queda fuera de cámara.

Las otras tres paredes muestran imágenes aéreas del Barrio de las Letras, en Madrid. El convento de las Trinitarias Descalzas. El bloque de pisos frente al convento.

Horarios.

Audios.

Fotos.

Mapas.

Vídeos.

El hombre desnudo contempla cada fragmento de información que las paredes despliegan ante él mientras el ventilador intenta sin lograrlo reducir en un par de grados la temperatura de la estancia.

Conoce el infierno.

–Control de daños –dice tras varios minutos–. Iniciar.

–*INICIANDO CONTROL DE DAÑOS.*

Los proyectores se apagan.

El hombre cierra de nuevo los ojos.

El ventilador sigue girando.

PRIMERA PARTE

A la carrera

Capítulo 1

Una llamada a medianoche

Acababa de poner un pie en el pasillo cuando la voz de Álex le hizo dar media vuelta:

–¿Sabes? Madrid te sienta de muerte.

Miranda le contempló con una sonrisa bajo el marco de la puerta del salón. Estaba recostado sobre el edredón que habían extendido en el suelo (una costumbre que habían adquirido en los últimos meses y de la que no pensaba desprenderse), con la espalda apoyada en el asiento del sofá y los dedos de las manos entrelazadas tras la nuca. A la luz de la única lámpara encendida su piel relucía aún, empapada en sudor.

–Es el corte de pelo –respondió con un guiño–. Y tápate, que te vas a enfriar.

Álex no se tapó.

–No me refería al corte de pelo.

Sonrió con descaro.

Miranda buscó sin éxito a su alrededor algo que arrojarle. Finalmente, se conformó con soltar una carcajada y girarse de nuevo.

–Lo que tú digas –dijo, trotando por el pasillo a oscuras hasta la cocina iluminada al fondo, consciente de que él no le quitaría el ojo de encima en todo el trayecto... y de que aquello no le importaba lo más mínimo a pesar de que lo único que llevaba eran unas viejas braguitas de algodón con el elástico roto.

Las braguitas de algodón con el elástico roto eran cómodas.

Estar con Álex en el piso que compartía con Isabel, solos por fin, era aún mejor. Era...

Como debía ser.

Tomó aire al notar el contacto fresco de los azulejos en la planta de los pies. Como en tantos edificios antiguos de Madrid, la calefacción central convertía la vivienda (un cuarto piso sin ascensor) en un pequeño infierno.

De nada servía cerrar la llave de paso de los radiadores. La temperatura rara vez bajaba de los veintidós grados centígrados incluso a aquellas alturas del mes de enero en que el mercurio de los termómetros caía por debajo del cero tras los cristales.

Por otra parte, lo más probable (decidió con una sonrisa mientras cruzaba el umbral de la cocina) era que a lo largo de las últimas horas ellos también hubieran contribuido a que la temperatura aumentara en el salón.

«Estoy más que a favor de todo tipo de prácticas dentro y fuera del matrimonio, puedes creerme», había dicho él hacía un año y medio, tras despedirse de la forense encargada de la autopsia de Daniel Urtice, y ahora, un año y medio después, ella no podía sino reconocer que no había mentido.

—¿Qué haces? —llegó hasta ella la voz de Álex.

—¡Quieto ahí! ¡Es una sorpresa!

Abrió el frigorífico, sacó de su interior una botella de cava y tomó del aparador sobre el fogón un par de copas aflautadas que había comprado aquella misma tarde en la calle Preciados.

Álex frunció el ceño al verla aparecer de nuevo.

—¿Celebramos algo? —preguntó mientras buscaba su ropa interior entre los pliegues del edredón.

Miranda dejó las copas y la botella en la mesita y se sentó en el suelo al estilo indio junto a él. Álex la contemplaba con gesto preocupado.

«Dios mío –pensó–. Podría saltar sobre él ahora mismo y no han pasado ni diez minutos».

«Y él respondería».

Dejó escapar el aire lentamente.

–Tranquilo –respondió–, que no te has olvidado de ninguna fecha importante. ¿Me acercas el teléfono?

Álex se estiró para tomar el móvil del extremo más alejado de la mesita y se lo alcanzó.

Miranda lo desbloqueó con una mano mientras con la otra se apartaba del rostro el cabello espeso y negro. Sus dedos se deslizaron por varias pantallas llenas de iconos antes de abrir la aplicación del banco.

–Toma –dijo, cediéndole el móvil a Álex.

–¿Qué estoy mirando?

–¡Mi cuenta corriente, bobo! ¿Ves algo extraño?

Álex volvió a bajar la mirada hacia el móvil. Un segundo después la alzó de nuevo hacia ella con una honda expresión de sorpresa.

–¡Veinticinco mil euros! ¿Quién es Aryel y por qué te paga ese dineral?

Miranda frunció los labios en una sonrisa.

–No quién, sino qué. Aryel es una editorial. *Mi* editorial.

–¿*Buenas intenciones*?

–Ajá. Es el adelanto. La tirada de la primera edición es... Uf, es brutal. –Miranda se estremeció al pensarlo. Había recibido la noticia de su agente hacía varias semanas, pero conocía lo suficiente a Jesús Longán como para tomarse sus anuncios con precaución. Cuando él le dio la cifra por teléfono, Miranda soltó una carcajada:

–¿Estás seguro de que no hay una coma por ahí que no has leído? ¿O algún cero de más?

Jesús sin embargo le había asegurado que la cifra era más que correcta, y un par de días después había recibido la visita de un sudoroso repartidor de Correos que, entre resoplidos para recuperar el resuello tras subir los cuatro

pisos de escaleras, le había tendido un sobre certificado y pedido que firmara el recibo.

Dentro del sobre encontró el contrato de edición. En él, a cambio de los derechos de explotación en exclusiva de *Buenas intenciones* durante los próximos quince años en tapa dura, rústica con solapas, bolsillo, digital, audiolibro y todos los formatos presentes y futuros, varias cláusulas de confidencialidad y la sangre de su hijo primogénito si lo tuviere, la editorial se comprometía a imprimir y distribuir un mínimo de cincuenta mil ejemplares en tapa dura de LA OBRA y abonar a LA AUTORA los derechos de autor del 50% de la tirada en concepto de adelanto.

No era un mal trato.

De hecho, era tan excepcionalmente bueno que antes de firmar había tenido que llamar a Jesús una vez más para confirmar que no se trataba de un error.

—No te lo creas demasiado —había respondido él con una carcajada tras escuchar las palabras atropelladas de Miranda al teléfono—. La editorial estaba interesada única y exclusivamente en el libro de Norma, *Malas influencias*. La idea de incluir el tuyo en el lote fue mía.

Miranda dejó soltar una carcajada nerviosa. Jesús estaba exultante.

—Estoy segura de que supiste cómo camelarte al editor. ¿O era editora?

—Muy graciosa. Aquí ganaron las ideas. Con Norma Seller sin poder participar en la promoción del libro hasta que le concedan el tercer grado, Miranda Grey será quien lleve las riendas.

—Te dije que no quería volver a utilizar ese seudónimo, Jesús.

—Se siente. Mi contacto en Aryel insistió en que Norma Segura tenía que firmar como *Norma Seller* así que tú lo harás como *Miranda Grey*. Quieren que los libros tengan la máxima difusión posible. Escúchame, Miranda. Esto es solo el principio, y no podría haber principio más prome-